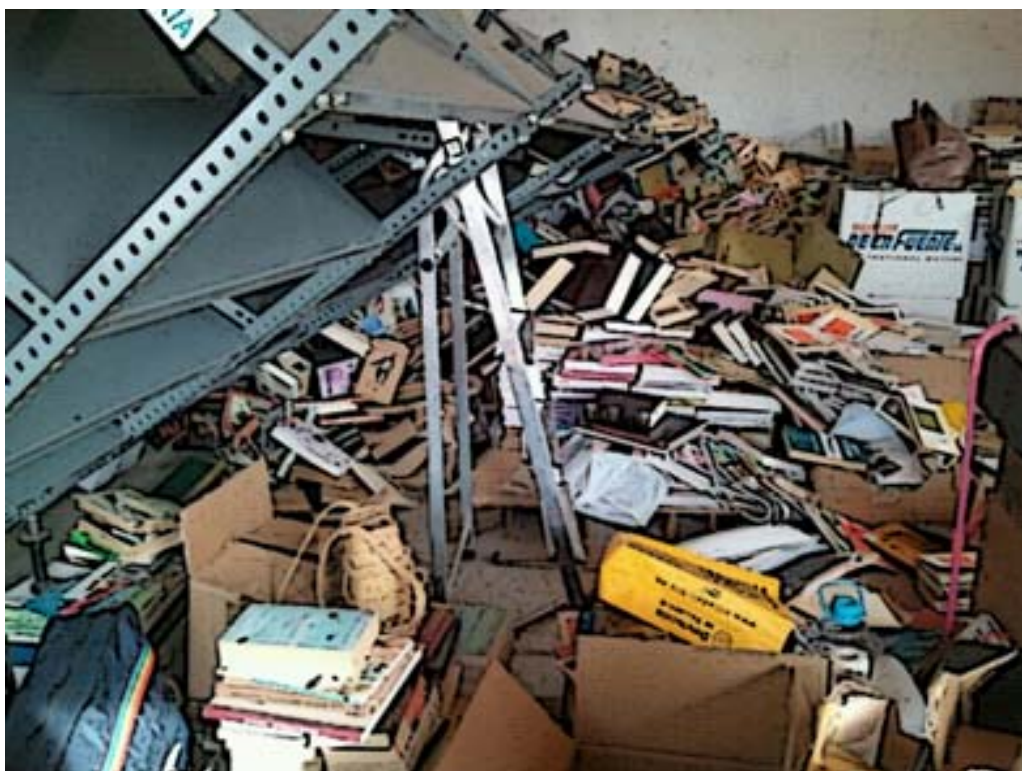


2 0 1 3

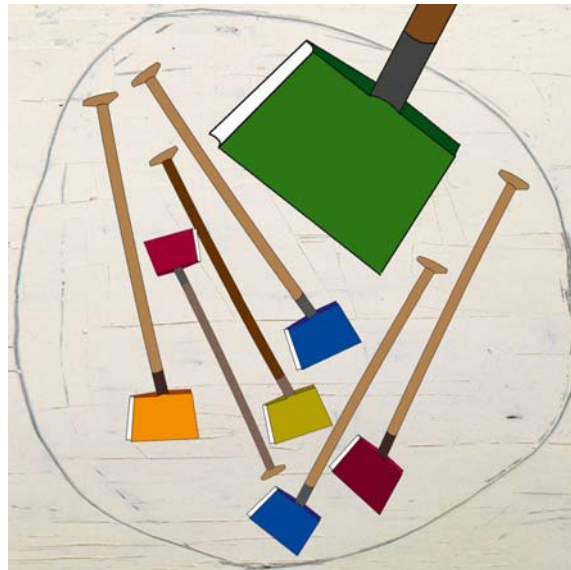
Pero cuando llegó el oscuro cuarto año de los Navegantes del Palomar fuera de su País Ecrotacim, mal que bien habíanse hecho ya en el Camino del Mercado Viejo de Urueña con una navecilla de quince metros desde el codaste a la roda, y en ella, como las ciegas hormigas, habían estibado, aunque con torpeza, tantas toneladas de libros que una tarde, a las dieciséis y cincuenta minutos, bordeando el dichoso cabo September que cartografiara Rómulo cuando, ocupado en fundar Roma, dividió el año en diez meses, una muralla de libros se inclinó pavorosamente, se fue. Una ola enorme de tapas y páginas reventó sobre el Navegante lívido, que quedó tapado y sintiendo que la nave se desencuadraba del todo. Hubo un instante de silencio total. Y enseguida, tratando de salir a flote en el mar de las historias, el Navegante nadó hacia arriba por espacio de uno, dos, tres segundos, mientras empezaba a oír la aterrada voz de la Naveganta librera, que desde la otra fase del naufragio le llamaba con desesperación.



Dos meses pasaron los Navegantes, aferrados a la idea de que la nave podía reflotarse, quitando escombros, removiendo volúmenes desmedrados, decaídos.

–Mira, Librenauta querida –dijo el Navegante a la Naveganta–, se me ocurre que para avanzar más en este oficio de carpinteros de ribera, pues al cabo en eso estamos ahora, en que esto es obra naval que podría editarse..., se me ocurre, digo, que para mejor remover los montones, deberíamos manganar unos cuantos libros y, schahr, schahr schahr, azada en mano, cavarlos; así este naufragio será fiebre efémera, y en un par de días naturales desaparecerán los calambres de estómago que produce la indigestión de libros.

–Si en lugar de nave de tanta eslora como la que tenemos hubieses mercado un coquete, chuparíamos menos agraz, Navegante monuelo; que te pusiste a exagerar. Maniobrando a barlovento, sin rumbo y a todo trapo con las estanterías, has dado un guapo giró al destino... Lo de la azada está bien, mira; es una buena idea sin duda.



*Un trimestre después de la zozobra
schahr schahr azada
en mano los Naufragantes
todo lo habían
escombrado
y los libros en estantes
debidamente anidados
tenían el paginamen
oreado*

*schahr schahr azada
en mano los Libreros
Naufragados
en Las Mil y una Noches
han entrado.*



Pero cuando llegó la siguiente noche, como de costumbre el *efrit* mantenía embotellado al Navegante en su librería El Rincón Escrito, que de otra manera no se cabe en sitio tan pequeño y embutido de hojas; y lo tenía muy ocupado en quitar el cascabillo al grano trece del dos mil recién entrado, y en meditar si bondad alguna pudiera traer el año en sus doce bolsillos de calendario, cuando vino a distraerle la Naveganta que trajinaba también dentro, por arriba del envase, oseando libros, a ver si se espantaban y dejaban expedito el cuello cristalino para ventilar el interior, que los libros son unos samparamí, que todo lo ocupan y tapan:

–¡Qué suerte, Navelibrero!... ¿Sabes qué buena, buenísima cosa va a tener este año nuevo?

–¿Qué buena cosa? –preguntó él desconfiando.

–¡Podremos volver a usar calcetines! –dijo ella con entusiasmo.

–¿Que podremos volver a usar calcetines?... ¿Y eso a qué viene?...

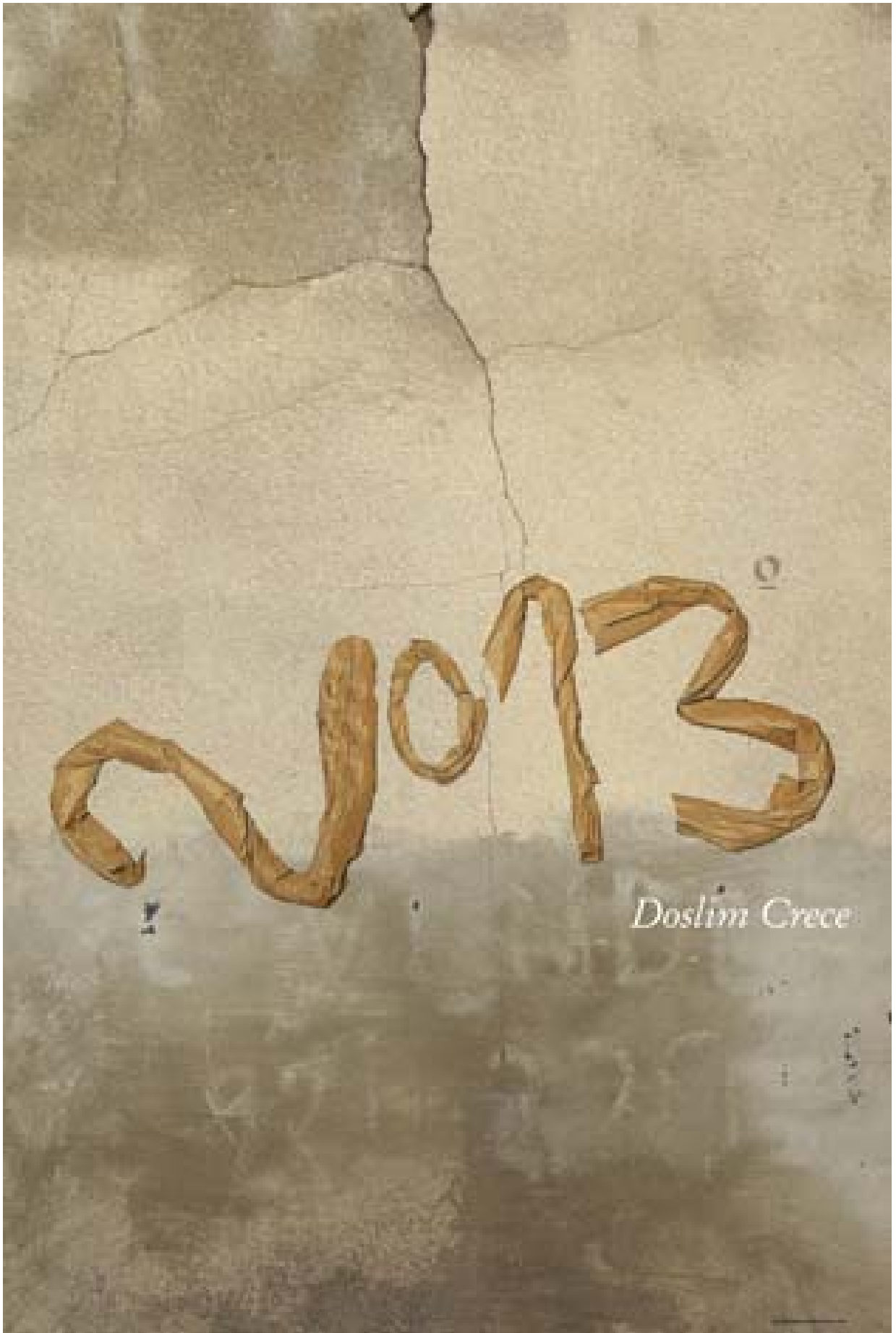
–¡A que se nos han ido todos los ahorros y ya no los necesitaremos para cofre!–, exclamó radiante la Navelibrera. Y preguntó enseguida –¿Cómo crees que debe llamarse este generoso año, que va a permitirnos andar mejor calzados?

–¡Averígüelo Vargas! –respondió el Navegante zafándose y dejando ya sin cascabillo al grano trece, que le parecía tan innombrable como incomedible.

–Ya habéis cascado bastante, criaturas –sopló el *efrit* desde el cuello de la botella–; para que el año no os asuste mientras suelta los días, llamadle Doslim Crece, que suena parecido; pero no es igual. *Visto bueno*, y ahora a dormir, que amanece.



En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



Dostim Crece